

probeta para la inteligencia artificial vinculada a la tecnología de vigilancia: se trata de fábricas de seguimiento de los internos, completamente datificados (incluso en cuanto a sus constantes vitales), como una fábrica de producción de datos en lo que en otros tiempos habían sido espacios provisionales de manufactura de productos. En Hong Kong, por ejemplo, los presos llevan dispositivos de Fitbit para analizar si sufren una sobredosis o si están a punto de pelearse, pese a que no tienen la posibilidad de conectarse a medios digitales. En Suecia, una agencia estatal lanzó en el 2018 Krim:Tech, un *hub* para renovar, digitalizar y hacer inteligente (*smartify*) el trabajo con prisioneros. Se trata de una doble servidumbre involuntaria.

## El sujeto modulado o el autómatas cognitivo

Foucault decía que la modernidad del siglo XIX es inseparable del modo en que los mecanismos de poder coinciden con nuevas formas de subjetividad, una cierta política del cuerpo que indica cómo hacer útiles las nuevas multiplicidades de individuos. Hay un sector de la inteligencia artificial que quiere, como dijo Bernard Stiegler “proletarizar la mente humana y extraer valor del sistema nervioso”, incluido el cerebro. El sujeto perfilado desde las redes sociales es un sujeto aislado que es analizado a partir de técnicas de segmentación social. Es un perfil en una burbuja de genotropismo digital donde de lo que se trata es de atraer perfiles similares. Estos espacios transfieren la obsesión por la métrica y la puntuación de acuerdo a una lógica competitiva y adversaria como la que describía Deleuze. Por ejemplo, en el 2017 Tinder lanzó la aplicación Tinder Gold, una opción de pago que actúa como asistente personal, te ayuda a ligar y te permite tener mayor visibilidad por 25 euros al mes. La métrica administra

las posibilidades libidinosas del aplicativo, así como nuestra euforia o depresión.

Mark Fisher sentencia: el capital te sigue mientras duermes. Y, de hecho, lo hace a través de aplicaciones como Fitbit, Dreem o Neuralink, la app de Elon Musk que entiende la depresión o el insomnio como problemas eléctricos del cerebro que pueden ser corregidos aplicando tecnología electrónica. Al margen de corregir los estados de ánimo, también se regula la conciencia y la memoria. Desde el 2016, el tiempo algorítmico de las redes sociales modula tus momentos de vida más relevantes y te exime de la necesidad de darles tú el valor necesario. Si eliminamos de nuestra vida elementos como la gestión de nuestra memoria personal o del dolor interno, lo que queda es el “autómata cognitivo” (según Fisher): un anti-sujeto que delega en las máquinas su capacidad taxonómica, de recolección y de comprensión de datos, de producción de memoria y de significados, y de construcción de un marco social de confianza compartida. Hablamos de la destitución subjetiva a manos de lo que algunos denominan *narcocapitalismo* (Laurent de Sutter) y otros *neuroliberalismo* (Mark Whitehead) y que es un capitalismo modular en una sociedad aparentemente libre, narcótico hasta la médula y cuyo efecto solo es el reverso de la depresión que continuamente provoca.

Por todo esto, no resulta extraño que uno de los productos más comprados durante el confinamiento fuera Alexa, el asistente de voz de Amazon, una inteligencia artificial que, según Andreas Hepp, es un arquetipo que representa al robot-sirviente. Con estos bots, nos comunicamos sin necesidad de comprender o comprendernos.

## La servidumbre voluntaria

Todo eso nos lleva a retrotraernos en el tiempo y a incluir aquí una reflexión sobre el libro de La

Boétie *Discurso de la servidumbre voluntaria o el Contra uno*, de 1549, que escribió cuando tenía 18 años, pero que se publicó póstumamente gracias a su amigo Montaigne. La Boétie se pregunta por la figura del tirano y explica que, al tirano, la fuerza se la da el pueblo. “¿Cómo puede provenir tanto de dolor de una sola persona?”, se pregunta el autor. La Boétie comenta que, para que el poder sea efectivo, necesita del servilismo de los demás, necesita que se acostumbren y que su falta de libertad quede compensada con un sistema de ocio adecuado. Asimismo, La Boétie afirma que, con la pérdida de la libertad, perdemos también el valor: “las gentes sometidas no sienten ni alegría ni arrebatos en el combate”, igual que el autómatas cognitivo. Finalmente, nos dice que solo defienten a los tiranos unos pocos, mientras que el resto simplemente responde a una cadena de órdenes establecidas, es decir, a un protocolo social. ¿En qué forma deshumanizada se han convertido ahora los nuevos tiranos? ¿Son acaso los “titanes de la información”?

## Apuntes finales

En octubre del 2020, la Fundación Nesta publicó una investigación especial titulada *Usando la inteligencia colectiva para resolver problemas públicos*. Desde que Pierre Levy empezó a hablar de “inteligencia colectiva” en 1994, este término ha ido cayendo en manos diferentes. Sería necesaria una nueva era de la “inteligencia colectiva soberana”. En el dossier de Nesta hay algunas iniciativas populares que ponen en diálogo la voluntad general y la gestión política del territorio. Sin las dos cosas, no hay inteligencia colectiva que valga. ¿Cómo hacer que prime la voluntad general (diversa, dialogante, con capacidad de negociación) por encima del autómatas cognitivo?

Las plataformas sociales mencionadas tendrían que ser analizadas como una cuestión pública. ¿Qué estado del bienestar digital queremos y

cómo se relaciona esta gobernanza electrónica con la gobernanza pública tradicional? ¿Qué formas sociales genera? ¿Son mis redes una herramienta de destitución subjetiva y de inscripción de prejuicios sociales derivados en políticas de odio? ¿Tengo la impresión de gestionar mi propio tiempo o es la máquina la que lo controla? ¿Qué relación han de tener las instituciones y poderes públicos con estos espacios virtuales en los que delegamos toda nuestra conversación, nuestros afectos y nuestras decisiones políticas?

Hablar de desconexión y de herramientas libres está muy bien, pero, mientras los principales ingredientes de la esfera pública tradicional (como son el trabajo, la familia y las instituciones públicas) sigan fomentando el capitalismo de plataforma, no tiene ningún tipo de sentido optar por una política de la culpabilización ciudadana. Si queremos una ciudadanía digital sana que pueda disponer de una inteligencia colectiva efectiva, antes tendremos que erigir herramientas y formas de resistencia al control psicológico, emocional y cognitivo de la mayoría de estos sitios, unas estrategias de desnaturalización de una servidumbre voluntaria que conlleva recompensas no siempre satisfactorias. Y todo esto también pasa por un humilde y obstinado trabajo de reapropiación del lenguaje, de nuestra comunicación y de nuestra socialización digital. Tenemos que reapropiarnos de la capacidad descriptiva y taxonómica, y fomentar un diseño no autoritario en el que ningún protocolo sustituya a la capacidad de negociación, participación y decisión de la ciudadanía.

Ingrid Guardiola  
(Universitat de Girona)

# Atascados en la plataforma Regresión tras la desaparición de las redes



Por Geert Lovink (Institute of Network Cultures)

*"Internet es el dios que fracasó."*

Johan Sjerpstra

En esta era de las redes sociales, el sueño de muchos estudiantes es poner en marcha su propia plataforma. Esta motivación ya presupone cierta aspiración empresarial de la que muchos ni siquiera son conscientes. ¿Cómo se convirtió la plataforma en tal objeto de deseo? Así es cómo los artistas, activistas, diseñadores y frikis de la informática prevén llegar a sus públicos y, al mismo tiempo, hacerse ricos y famosos. ¿Por qué esforzarte para convertirte en *influencer* en una plataforma cuando puedes convertirte también en su propietario? Esta ambición es una versión neoliberal de aquella exigencia de los años ochenta: "No queremos un trozo del pastel; queremos poseer la maldita pastelería entera." Bienvenidos al fetichismo de plataforma en el que las relaciones sociales se definen por unos valores generados en la propia interacción social. En esta extrovertida era neoliberal, la idea es mirar por encima del hombro a los pobres pringados que solo saben comprar y vender. El truco es convencer a otros para que jueguen según las reglas que tú, el propietario también conocido como *diseñador del mercado*, establezcas.

La promesa de la plataforma es simple: todos salen beneficiados, tanto los productores como los clientes y fundadores. No hay ganadores ni perdedores: todo el mundo está incluido y to-

dos siguen el juego. Hace tiempo que la sólida plataforma de *software Kulturideal* ha sustituido la página de inicio, el blog, y el sitio web y el estudio de diseño web que lo llevaba, como modelo de empresa emergente. Lo que deseamos es aprovechar el valor en lugar de perdernos en el desorden de una red de estructura rizomática. El sueño de la plataforma ha consolidado todavía más el funcionamiento tipo "capital de riesgo" que preconiza un hipercrecimiento en el menor tiempo posible, con el objetivo de dominar un mercado unicornio y conseguir al final una posición de monopolio. Mientras que solo unos pocos se convertirán en multimillonarios, el aspecto aleatorio de la cruel estrategia darwinista sigue atrayendo a muchos. Es hegemónica, dicen. Elon Musk todavía conserva cierto atractivo. La obsesión por la fama es tal que la crítica popular al capitalismo realmente no cuestionará el derecho a convertirse en multimillonario. Todos queremos dirigir nuestra propia plataforma, independientemente de lo que deseemos.

Las plataformas crean mercados, como simples conectores de la oferta y la demanda con un escaso, cuando no inexistente, coste de producción, pero raramente son neutrales. No son meros "proveedores de servicios", puesto que, en muchos casos, las plataformas también son importantes actores en de esos mercados. En lo que respecta a los ingresos, no son empresas "tecnológicas",

sino gigantes de la publicidad.<sup>1</sup> Las plataformas no se limitan a escenificar, organizar y regular los "mercados", sino que también ejercen una descomunal influencia sobre negocios vecinos y sobre la ecología en un sentido amplio (pensemos en la congestión vial y en la polución provocadas por los taxis vacíos de Uber rondando por la ciudad o por la entrega de cada paquete procedente del comercio electrónico, frente a lo que sería una visita a un centro o calle comercial en los que pueden comprarse todos los artículos al mismo tiempo). La base del planteamiento capitalista sigue siendo socializar los costes mientras se privatizan las ganancias bajo el lema de la elección personal y la propia comodidad.

Las plataformas de internet se vuelven hegemónicas cuando el medio ya no es apropiado, y se cierran para ajustar ciertas "modificaciones del comportamiento" de su base de usuarios. Internet simplemente existe. Su nombre se menciona poco últimamente (igual que ha sucedido con el estudio de lo que es internet). La conectividad instantánea simplemente está ahí, incluso en lugares con prácticamente ningún acceso. La plataforma es el mensaje: el contenido está agotado (*tired*), la plataforma está conectada (*wired*). Según Marc Steinberg, las plataformas se han convertido en un dispositivo de intercambio universal: son el lugar donde se encuentran el dinero, las personas y las mercancías y donde pueden producirse las transacciones. Hay que verlas como meganodos abstractos. "Casi todo puede convertirse en una plataforma solo con que se le denomine así."<sup>2</sup> Avanzamos por sus inacabables páginas en constante cambio y nos alejamos del anterior énfasis estático en los "nuevos medios de comunicación" como archivos o bases de datos, hacia un sistema de vitalidad (*liveness*)

provisional con transacciones añadidas ("¡Solo queda 1 habitación!"<sup>3</sup>). Una inacabable y cruel metamorfosis de pequeñas diferencias: la oferta que no puedes rechazar.

Las plataformas en las que vivimos son medios a los que aspiran los usuarios que recurren a estos para encontrar algo. Estoy aquí; y ahora, ¿qué es lo que quería? A diferencia de los buscadores racionales, fríos y vacíos, diseñados por ingenieros informáticos y biblioteconomistas, las plataformas psicológicas de hoy en día ofrecen información personalizada y difusa, para que nos desplacemos por esta aturridos y confundidos. A diferencia de buscar en la oscuridad de un archivo, ser capaces de comparar la plataforma nos da la sensación de estar en la cima del mundo.

Las plataformas, como espacios cerrados "seguros", nos conocen íntimamente, nos recomiendan cosas según nuestros gustos, preferencias, solicitudes anteriores, historial de búsquedas y *likes*. Las plataformas recuerdan y saben cómo reconfortarnos... y cómo incitarnos. Nosotros, humanos descuidados, odiamos empezar de cero cada vez. Querido *token*, por favor, guarda esta configuración por mí. Porque, después de todo, no somos fríos científicos, interesados en el conocimiento objetivo. Nos gusta ahorrar tiempo, tomar atajos y valoramos que la máquina reconozca nuestros puntos flacos y recuerde cosas por nosotros, que nos hable y que nos diga si está cerca el conductor de Uber, lo que cuestan otros productos similares en otros sitios y lo que está compartiendo con los demás ese usuario que nos acaba de aparecer. Somos débiles y cedemos fácilmente, porque, de todos modos, nuestras ajetreadas vidas multitarea están, constantemente, al borde del colapso. Por eso encontramos consuelo en la plataforma, en nuestro nuevo domicilio virtual, anteriormente conocido como *página web*.

1 Citas y resumen de Ana Milicevic, "The Trouble with Platforms", <https://pando.com/2020/06/29/trouble-platforms-google-amazon-facebook-apple-market-cap/>.

2 Marc Steinberg, *The Platform Economy*, University of Minnesota Press: Minneapolis, 2019, p. 1, 92 y 115.

3 <https://www.checkbook.org/boston-area/travel-websites-mislead-by-falsely-declaring-few-rooms-remain/>.

Eso que los europeos denominan *regresión* y los americanos *neofeudalismo* describe, en ambos casos, el regreso a estadios anteriores del desarrollo psicocapitalista. En su reseña del libro de McKenzie Wark *Capital is Dead* ("El capital ha muerto"), Jodi Dean compara las plataformas digitales con los molinos de agua. "Las plataformas son doblemente extractivas. A diferencia del molino de agua, que los campesinos no tenían otra opción que usar, las plataformas no solo se posicionan de forma que su uso sea básicamente necesario (como los bancos, las tarjetas de crédito, los teléfonos y las carreteras), sino que ese uso genera datos para sus propietarios. Así, los usuarios no solo pagan por el servicio sino que hacen que la plataforma recopile los datos generados por el uso de ese servicio. La plataforma en la nube obtiene rentas y datos, como si tuviera tierras arrendadas."<sup>4</sup> Jodi Dean describe la tendencia neofeudal como una tendencia a "convertirse en campesino, es decir, en alguien que posee los medios de producción, pero cuyo trabajo sirve para aumentar el capital del propietario de la plataforma". Aquí, se considera que las plataformas son redes de infraestructura metaindustrial, de naturaleza parásita, inducidas por formas superiores de explotación y extracción. Tanto los trabajadores de la plataforma como sus usuarios son figuras preindustriales que se remontan al siglo XVIII, casi proletarios (*entreprenariat*, según el término acuñado por Silvio Lorusso, mezcla de emprendedor —*entrepreneur*— y trabajador precario<sup>5</sup>), atascados en pseudotrabajos estresantes y deprimentes que ni parecen productivos ni son satisfactorios.

En esta situación, solo nos queda esperar que tenga lugar alguna esporádica revuelta campesina. ¿Dónde está el equivalente del siglo XXI a aquellos trabajadores cualificados, autodidactas y, sobre

todo, con conciencia propia, que comprendían la necesidad de organizarse? En lugar de esos revolucionarios profesionales dados a las conspiraciones, tenemos a los sacrificados trabajadores de las ONG, con sus contratos temporales. Esta situación nos hace desear dejar atrás esta fase (neo)feudal y avanzar rápidamente hacia la cuestión estratégica clásica de principios del siglo XX: revolución y reforma, rechazo o adaptación, abolición o "civilización" de la plataforma como forma. ¿Deberíamos dismantelar esas plataformas o bien apropiárnoslas? Según los aceleracionistas, las plataformas son la expresión tecnológica del "cálculo planetario", unos constructos que pueden reprogramarse para propósitos postcapitalistas. Así, no se cuestiona la propia estructura de la plataforma sino que más bien se la acepta por su eficiencia, fluidez y escalabilidad: a cada uno, su propia plataforma.<sup>6</sup> Este debate todavía tiene que iniciarse para compensar la década perdida en la que no hemos sabido analizar alternativas y nos hemos instalado irreflexivamente todas las aplicaciones posibles. En el programa de documentales *VPRO Tegenlicht* de la televisión holandesa, Evgeny Morozov critica acertadamente la tesis del feudalismo digital, no porque no consiga describir la tristeza en la que nos encontramos, sino porque lleva implícita la tesis directa de que deberíamos avanzar (otra vez) hacia el capitalismo.

En 1961, el escritor afroamericano James Baldwin explicó al público de un foro sobre nacionalismo y colonialismo en los EE. UU.: "Ha pasado el tiempo y, ahora, tanto si me gusta como si no, no solo puedo describirme a mí mismo, sino que, lo que es mucho más horrible, ¡puedo describirles a ustedes!". Esta es la promesa original de los medios de comunicación alternativos. Las víctimas o las minorías no necesitan ser representadas y pueden hablar por sí mismas, muchas gracias. Lo que se cuestiona cada vez más es si las plataformas de las redes sociales actuales toda-

vía pueden usarse con esa finalidad. Es hora de abandonar la plataforma.

Es clave la fase inicial de autoorganización en la que puede construirse un núcleo y una red, a la sombra del presente perpetuo, sin preocuparse de filtros, trols, servicios secretos, algoritmos y otras autoridades automatizadas. ¿Cómo podemos comunicarnos y unirnos sin tener que depender por completo de los encuentros sin conexión? Una importante fuente de inspiración en este aspecto puede ser Mastodon, la alternativa federada a Twitter. "Twitter solo tiene dos capas de descubribilidad: tu red y el mundo entero. O bien un pequeño grupo de contactos o bien todas las personas del planeta. Es una locura", explica Carlos Fenollosa.<sup>7</sup> En cambio, Mastodon tiene otra capa adicional entre tu red y el mundo entero: los mensajes de *personas en tu servidor* incluidas en lo que se denomina *cronología local*. La idea de Mastodon es demostrar lo fascinante que es iniciar sesión en lo desconocido y darse cuenta de que son personas que comparten tus intereses.

Pueden denominarse *redes organizadas*. En esto hemos estado trabajando Ned Rossiter y yo.<sup>8</sup> Redes básicas de unidades organizativas, células con un propósito que consisten en enlaces fuertes, que funcionan por oposición a la lógica de "enlaces débiles" de las plataformas de "amigos de amigos de amigos". Las redes organizadas se centran en una serie de tareas comunes que hay que llevar a cabo, no en "actualizar" a usuarios aislados. Por favor, libera nuestras almas solitarias y desesperadas. Recházalo, aléjate: no más "¿Qué hay de nuevo?" ni "¿Qué está pasando?" sino "¿Qué hay que hacer?".

Geert Lovink

(Institute of Network Cultures)

<sup>4</sup> Véase <https://lareviewofbooks.org/article/neofeudalism-the-end-of-capitalism/>.

<sup>5</sup> <https://networkcultures.org/entreprenariat/>.

<sup>6</sup> En referencia a la frase: "Jedermann sein eigener Fussball": [https://en.wikipedia.org/wiki/Jedermann\\_sein\\_eigener\\_Fussball](https://en.wikipedia.org/wiki/Jedermann_sein_eigener_Fussball).

<sup>7</sup> <https://cfenollosa.com/blog/you-may-be-using-mastodon-wrong.html>.

<sup>8</sup> Ver Geert Lovink y Ned Rossiter, *Organization after Social Media*, Minor Compositions: Colchester, 2018.